

23-F: UN ANÁLISIS DE LO QUE OCURRIÓ A 25 AÑOS DEL INTENTO DE GOLPE DE ESTADO

Elvira Boix

Las imágenes de Tejero con su bigote, su tricornio y su pistola en mano ya forman parte de nuestro imaginario colectivo; vistas desde la distancia, parecen incluso ridículas, pero para los que lo vivieron, fue la materialización de una amenaza que había existido desde la muerte de Franco.

En 1981, muchos daban por culminada la transición, tras dos elecciones generales y la aprobación de la Constitución. No obstante, los rumores de un posible golpe estaban muy presentes.

En el otoño de 1978, se había desarticulado una intentona avanzada, la llamada “operación galaxia” y se conocía la intención, por parte de un grupo de militares y viejos falangistas, de preparar un golpe para la primavera de 1981.

Muchos eran los elementos que animaban a los sectores más reaccionarios del ejército —en complicidad con civiles ultraderechistas— a dar “un golpe de timón” e intentar retomar el poder. Conocer cuál era el contexto político y social de aquel momento permite entender por qué fue posible el 23-F.

Crisis y desmovilización

A finales de los años 70, la crisis económica en el Estado español era brutal: la crisis mundial del 73 había afectado especialmente a la economía española, que tenía una estructura débil. La tasa de paro alcanzaba el 14,4% de la población; entre 1978 y 1981 se perdieron más de 1,2 millones de puestos de trabajo.

Por otro lado, la necesidad, por parte del Partido Comunista de España (PCE), de lograr una transición pactada desde arriba con los restos del franquismo, había llevado al PCE a la desmovilización interesada de su militancia y a la desmovilización del movimiento obrero organizado.

La izquierda radical, muy importante al final de la dictadura y a principios de la transición, había perdido gran parte de su fuerza por no haber sabido analizar la posibilidad real de que la democracia parlamentaria se estabilizara. Esto, junto a sus propias debilidades ideológicas, les había colocado en una situación casi marginal.

El partido del Gobierno, la UCD, hacía aguas por todas partes. Formado alrededor de la figura de Suárez, era una amalgama de ex-miembros del aparato franquista, reconvertidos a la democracia, liberales y católicos conservadores unidos por el deseo de conservar el poder político, pero que no había sido capaz de paliar los efectos de la crisis económica.

Por otro lado, se había pasado de la combatividad de los últimos años de lucha contra el franquismo a una frustración colectiva (el famoso “desencanto”), producida por la falta de cambios profundos, la sensación de que se había cambiado a una clase política por otra y, sobre todo, la desatención a los grandes problemas concretos y a que las consecuencias de la crisis económica se habían hecho recaer sobre las condiciones salariales y laborales de los trabajadores.

La confluencia de todos estos elementos favoreció la intentona del 23-F.

Los efectos del 23-F

El golpe aterrorizó a la población. No consistió sólo en la ocupación de Tejero, así como de un centenar de guardias civiles y soldados, del Congreso.

Los estudios de TVE fueron ocupados por tanques de la división acorazada Brunete.

En el País Valencià, Milans del Bosch —en aquel momento Capitán general de la región militar de València— declaró el estado de excepción y los tanques circularon por la ciudad de València.

Miles de familias en todo el Estado español supieron por sus hijos que hacían la “mili” que éstos habían recibido la orden de permanecer acuartelados y preparados con sus armas.

La falta de noticias en TVE era total. Sólo a través de algunas emisoras de radio se pudo saber el despliegue en València.

El ejemplo de la represión desencadenada por los militares en Chile (1973) y en Argentina (1976) estaba muy presente. Esto y la desmovilización general de la izquierda organizada, propiciaron la falta de reacción frente al golpe. No hubo ni huelgas generales ni movimientos realmente significativos por parte de la izquierda organizada.

El golpe frustrado de Tejero dio paso a la segunda fase de la transición, una fase que, aprovechando la amenaza real golpista, se caracterizó por acuerdos entre el gobierno de la UCD —tocado ya de muerte y sin Suárez de Presidente— y un PSOE que emergía como el gran partido de la oposición.

En esta etapa se consensuaron por parte de UCD y PSOE leyes como la LOAPA, que limitaba los derechos contenidos en los Estatutos de Autonomía, y pactos económicos como el ANE que recortaban, nuevamente, los derechos de los trabajadores y que fueron suscritos además por CCOO, UGT y la patronal.

La monarquía —que hasta ese momento había sido una institución poco respetada y que se percibía como una herencia directa del franquismo— se convirtió, gracias al apoyo de todos los dirigentes políticos y de los medios, en la salvadora de la democracia. Ésta es la versión que ha llegado hasta nuestros días.

Sin embargo, Juan Carlos no hizo su famosa intervención televisiva desde la Zarzuela hasta entrada la madrugada (el golpe había ocurrido a primera hora de la tarde), cuando ya era seguro que la mayoría de las Capitanías Generales no iban a secundar el golpe y que éste había fracasado. La realidad es que si el golpe no triunfó, no fue por la intervención del Rey, sino porque la mayoría de mandos militares no lo secundaron.

La transición pese a sus debilidades y a los sectores ultraderechistas, había puesto al Estado español en el camino de las democracias europeas. Las negociaciones para la entrada en la OTAN estaban muy avanzadas y al capital español le interesaba la integración en la Unión Europea.

Además, las luchas de los últimos años de la dictadura estaban todavía muy frescas.

Ni a la oligarquía ni a la mayoría del ejército les interesaba un régimen militar que les alejase de Europa. Estas razones, y el temor a una resistencia organizada, pasado el miedo inicial, hicieron desistir a la mayoría de mandos militares.

Rápidamente se quiso pasar página, desde las instituciones y desde el Gobierno, del 23-F.

En el juicio contra los golpistas, sólo 33 personas fueron encausadas. La mayoría de los soldados y guardias que entraron en el Congreso no fueron citados como testigos. No se investigaron los cuarteles en los que los mandos habían dudado si apoyar el golpe. Los mandos que participaron en la ocupación de TVE no fueron encausados y algunos de ellos fueron incluso ascendidos poco tiempo después.

Un nuevo mapa político

El golpe frustrado adelantó el diseño de mapa político que desde el inicio de la transición se estaba buscando: un modelo al estilo de las democracias parlamentarias europeas.

Con una UCD moribunda, con la Alianza Popular de Fraga desacreditada y con un PCE tremendamente debilitado por su propia política de estar en las instituciones en lugar de continuar con las luchas, emergió un PSOE que se presentaba como la alternativa al desmoronamiento de los partidos de la primera fase de la transición.

Su programa, basado en el “cambio”, con promesas electorales básicas como la creación de 800.000 puestos de trabajo, la salida de la OTAN y la juventud de sus líderes, conectó rápidamente con una mayoría que había visto incumplidas sus expectativas de cambios reales.

En octubre de 1982, Felipe González ganaba por mayoría aplastante las elecciones generales, ocupando gran parte del espacio de la derecha y también de la izquierda. El PCE pasaba a ser casi testimonial.

El nuevo mapa político estaba ya completado. La victoria del PSOE se presentó como la superación del fantasma del golpismo militar. A cambio de ello, la monarquía quedaba legitimada, la unidad del estado consolidada y la posibilidad de entrar en la OTAN incluso podía constituir una vacuna para futuras veleidades militares.

La esperanza del “cambio” duró muy poco. El PSOE aplicó las políticas neo-liberales, las privatizaciones y la reforma laboral que la UCD no se había atrevido a llevar a cabo por su debilidad.

En los meses previos al 23-F se había hablado mucho, en la prensa y en los medios políticos, de la necesidad de dar un golpe de timón a la transición, de establecer un gobierno de concentración presidido por un militar que consolidara un modelo bipartidista, leal a los postulados económicos liberales, que reforzara la unidad del Estado, que diera una imagen respetable a la monarquía y que lavara la cara al ejército para que pudiera formar parte de la OTAN.

Es posible que Tejero se adelantara a esas intenciones. Lo que es indudable es que tras su fallido golpe, ese modelo quedó definitivamente diseñado.

Elvira Boix és militant d'En lluita.